



A MEDIA VOZ LOS DOS

Raúl Morodo tiene su despacho, con otros abogados, en una casa noble de la calle de Eduardo Dato. Es una casa con doble portería, ascensor lento, solemne, histórico, y grandes salones vacíos por donde los clientes melancólicos esperan que se les haga justicia. En estas viejas mansiones con aire quieto y espacios muertos de palacio fin de siglo, se ha metido la oficina vibrante de la moderna abogacía, el nuevo socialismo y la España que irrumpe. Tienen algo de boxeadores del pasado, de conspiradores de otro siglo, estos juveniles socialistas madrileños que hacen abogacía, docencia y política entre los marfiles ausentes y las maderas densas de un viejo régimen que a lo mejor es el de siempre.

—¿Tú de qué clase social procedes, Raúl?

—Yo, de la pequeña burguesía.

Raúl Morodo, al que me encuentro en algunas cenas, con su mujer, joven y bella, tiene los ojos claros y la nariz combativa de un jugador de rugby feo y noble, claro y listo.

—¿Hay mucha pequeña burguesía en el socialismo español?

—Hay muchos profesionales, y cada vez habrá más. Y obreros y universitarios y de todo, claro.

—Hoy mismo he leído otra vez ese tópico de que el socialismo español tiene poca clientela.

—Si se agrupan todos los socialismos, todos los grupos, resulta que tiene mucha. Claro que antes de la guerra todo lo polarizaban el socialismo y el anarquismo. Ahora el anarquismo ha desaparecido prácticamente. Y en cambio el comunismo ha crecido mucho.

—¿Qué eres tú, aparte de socialista?

—Soy profesor y abogado.

—¿Qué es el socialismo?

—El socialismo es un humanismo.

—¿Cómo se hace socialismo?

—Nacionalizando la producción.

RAUL MORODO

—¿Por qué dicen que sois pocos?

—Porque al Poder le interesa entablar el combate entre comunismo y extrema derecha, para que la opción sea más simple.

—¿Qué le reprocha la extrema derecha al socialismo?

—Desunión.

—¿Por qué os detuvieron el otro día?



«ME SIENTO HEREDERO DEL SOCIALISMO HISTÓRICO ESPAÑOL. CREO QUE TENEMOS POCO QUE VER CON UN SOCIALISMO NÓRDICO. AFIRMO LA EXISTENCIA DE UN SOCIALISMO MEDITERRANEO».

«TIERNO PUEDE SER EL MITTERRAND ESPAÑOL».

«SOY OPTIMISTA. NO HAY OTRA SALIDA QUE LA DEMOCRACIA».



—Fue sorprendente. Nos quedamos perplejos. He estado leyendo prensa de todo el mundo y ha sido una sensación en todas partes.

—García Trevijano.

—Yo creo que contra él había algo especial, quizá personal.

—Consecuencia...

—Que Fraga está retrocediendo hacia el bunker. Quizá hay luchas entre Fraga, Arias y Areilza. Fraga está actuando en ministro de Gobernación y Areilza en ministro de Asuntos Exteriores. Y le están dejando mal.

—¿Tú les conoces personalmente?

—Soy compañero profesional de Fraga. Soy amigo personal de Areilza. Yo creo que les ha faltado previsión. No han tenido en cuenta cómo iba a ser todo el proceso, toda la evolución del país, la conducta de la oposición.

—¿Van a parlamentar, por fin, con la oposición?

—No tienen más remedio. No hay otra salida.

—Supón que el bunker, o la oligocracia, o lo que sea, llega a hacerse autónomo, a funcionar, a no necesitaros.

—Imposible. El país ya no acepta eso. Sería jugar con la monarquía. La monarquía no puede seguir explotando el modelo inglés si no realiza ese modelo.

—Esos hombres que hemos citado, ¿tendrían papel en un futuro democrático?

—Claro que sí. Podrían jugar el suyo. De lo contrario, les va a eliminar el bunker.

—El bunker. Blas Piñar. ¿Qué hay detrás del acto del cine Morasol?

—Yo creo que una extrema derecha reducida, pero fuerte.

—La violencia.

—A lo mejor el Gobierno da lugar a la violencia. Sería una lástima.

—¿Cómo vive un socialista?

—Por lo que a mí se refiere,

«AL PODER LE INTERESA REDUCIR LA OPCIÓN A COMUNISMO, O CONTINUISMO, PARA SIMPLIFICAR LAS COSAS A SU FAVOR».

«FRAGA ESTA RETROCEDIENDO HACIA EL BUNKER».

«EL GOBIERNO NO TENDRÁ MÁS REMEDIO QUE PARLAMENTAR CON LA OPOSICIÓN».



trabajo mucho. La política es absorbente. A veces, veo muy poco a mis hijos.

—¿Qué has hecho hoy?

—He tenido una reunión política, una comida política. Y ahora ya ves.

Le vienen cada poco con telegramas, avisos, recados, visitas y teléfonos. Se toca de vez en cuando el pelo, la nariz, cruza las piernas dejando muy en alto la punta de un pie. Es como un peso ligero de no sé qué boxeo ideológico, con agilidad de movimientos, seguridad de palabra y absoluta naturalidad.

—Llevas una vida de infarto, Raúl. La vida agobiante y competitiva de un ejecutivo.

—En una sociedad democrática y libre, mi mujer no tendría el terror de que puedan ir a buscarme a casa esta noche. Necesitamos la libertad.

—¿Tú mujer es socialista?

—No.

—¿Hay muchas mujeres socialistas?

—Sí. Y creo que habrá muchas más. Quiero decir que muchas ya hacen socialismo, o al menos modifican la sociedad española en sus costumbres, en su relación con el hombre, en su trabajo. Entre las universitarias, estoy seguro de que va a crecer mucho el número. De todos modos, es mayor el socialismo masculino, claro, por decirlo así.

—¿Les das a tus hijos una educación socialista?

—Son muy pequeños. A los cuatro años no hay socialismo. Pero desde luego no les daré la educación que me dieron a mí. Bueno, creo que la sociedad española ya no es lo que era y la familia está rompiendo esquemas por sí misma.

—¿Qué haces en verano?

—Cultivarme un poco intelectualmente, cosa que apenas puedo hacer ahora.

—¿Te sientes heredero del socialismo histórico español?

—Desde luego.

—¿Qué tiene que ver lo vuestro con el llamado socialismo sueco?



—Poco. Creo que hay un posible socialismo mediterráneo, que sería el italiano, el portugués, el español...

—Dime qué es más urgente socializar en España: la producción, la educación, el trabajo, la cultura, las relaciones humanas...

—Hay que empezar por las estructuras económicas, claro. Hay que cambiar la sociedad.

No me dice otra vez eso de que el socialismo es un humanismo, pero —ay— me gustaba oírlo.

—Cuál es vuestra situación, aquí y ahora.

—Se trata de aunar todas las fuerzas, desde la democracia cristiana hasta el comunismo, para luego desarrollar la especificidad socialista.

—Las manifestaciones. ¿Conviene salir a la calle?

—Conviene actuar en todas partes, porque en todas partes está la inquietud. La marquesa de tus crónicas es un reflejo de eso.

—Se ha dicho también que el socialismo español, hoy, no tiene grandes líderes, gentes de garra.

—Los tiene quizá más que ningún otro partido. Tierno Gal-

ván, por ejemplo, es un hombre al que difícilmente le encontrarás equivalente en el país.

—En un Estado socialista, ¿de qué serías tú ministro?

—Bueno, faltaría que mi partido contase conmigo para ministro. Yo por mi profesión, creo que conozco los problemas de la educación y del derecho bastante bien.

—¿Estaríais dispuestos a ir a unas elecciones mañana?

—Faltan muchas cosas para eso, pero desde luego que nos sentimos con fuerzas para luchar en unas elecciones.

—¿Sabe nuestra oligarquía lo que es el socialismo, o cree que es un fantasma?

—Hay un capitalismo que ha comprendido la necesidad de pactar, y un capitalismo que se niega a conceder nada. Pero el sentido de igualdad y reparto es algo de nuestro tiempo, que está ya en la conciencia de todo el mundo.

—La economía.

—Ya sabes que está fatal.

—¿Cómo te sientes ante un socialista obrero?

—Bien. De igual a igual. En el socialismo hay obreros, profesionales, funcionarios, catedráticos, de todo.

—El obrerismo.

«YO PROCEDO DE LA PEQUEÑA BURGUESIA»

«LA POLITICA ME ABSORBE. NO VEO A MIS HIJOS. MI MUJER NO ES SOCIALISTA.»

—El obrerismo por sí solo ya no es mucho. El concepto de trabajo engloba más cosas y más gente.

—Pero hoy se habla mucho del movimiento obrero en España y su resurgir.

Raúl Morodo parece tener muy clara, en sus ojos claros, la idea de que en el socialismo cabemos todos. El socialismo, sí, es un humanismo. Raúl Morodo contesta bien, pronto, breve, sin énfasis ni literatura. Preciso y cordial. Lleva un traje corriente, una corbata cotidiana, unos zapatos consuetudinarios, muy olvidados ya de la zapatería donde lucieron.

—Raúl, a mí se me aparece por las noches el fantasma de Pinochet.

—No, nada, no creo, no hay miedo. La cosa no puede ir por ahí. Tú, tranquilo.

—Raúl, que dicen que ahora han puesto unos generales moderados. Gutiérrez Mellado y eso.

—Sí, eso parece positivo.

—Raúl.

—Qué.

—No, nada. Que qué va a pasar aquí. Ya sabes, la pregunta de la calle.

—Yo soy optimista. Creo que no hay otra salida que la democracia. El país no está para otra cosa.

—Dicen que pronto habrá crisis de Gobierno.

—Seguramente.

—¿Y las soluciones de fuerza?

—Y dale. Ya te digo que serían un desprestigio para la corona.

—¿Qué les ha pasado a los tres lanceros bengalíes del aperturismo, de la evolución, de la cosa?

—Nada, que han ido muy lentos. Y, sobre todo, se han olvidado de que ellos no han sido elegidos democráticamente. Empezaron a actuar como si fueran tales gobernantes de sufra-

gio universal. Se les ha olvidado ese trámite.

—Casi nada.

Más telegramas, más visitas, más teléfonos. No estamos en su despacho, sino en un antedespacho inmenso, vacío, con tresillos claros, sol de media tarde, visillos blancos y mucha moqueta y mucho parquet inútiles, descuidados. En esta especie de cuartel general de un cierto socialismo alegre y no tan confiado se respira ese clima optimista de los palacios pacíficamente invadidos por la revolución incruenta. Los lujos no han sido quemados, sino, sencillamente, desalojados. Dentro, el despacho de Raúl Morodo está un poco en penumbra. Es un despacho de mesa pequeña. En un rincón hay libros y Raúl me da uno dedicado. Está escrito a medias por Tierno y por él.

—Es de Tucár, una editorial que tenemos —dice.

—Raúl, dime un gran socialista europeo de hoy.

—Mitterrand, que ha conseguido la unidad de todos ellos.

—¿Ganará las elecciones?

—Muy probablemente.

—El Mitterrand español.

—Yo creo que Tierno Galván.

■ FRANCISCO UMBRAL.
(Fotos María España)